

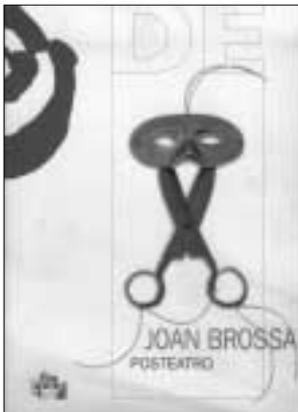
# Posteatro de Joan Brossa

**Jerónimo  
López Mozo**

**Posteatro**

de  
**Joan Brossa**

Edición:  
**Ñaque Editora,  
Ciudad Real, 2001**



Si la obra plástica de Joan Brossa es poco conocida fuera de Cataluña, la literaria lo es mucho menos. Escrita toda ella en catalán, su *Poesía* escénica ha ido apareciendo en Edicions 62, de Barcelona, llegando a reunir, en el periodo comprendido entre 1973 y 1983, nada menos que seis volúmenes. De obra tan extensa, muy poca ha sido vertida al castellano y, de eso, hace muchos años. En 1968, *Cuadernos para el Diálogo* publicó, con el título de "Teatro", tres piezas breves: *Oro y sal*, *El gancho* y *Novela*. Veintidós años después, en 1980, la revista *Pipirijaina* incluyó en el número 12 (Textos), dedicado íntegramente a Brossa, *Strip-tease & Teatro irregular*. Por último, esa misma revista publicó en el número 24, en enero de 1983, en castellano y catalán, *Caball al fons* (*Caballo al fondo*). Tras un largo paréntesis de casi dos décadas aparece, de la mano de Ñaque Editora, *Posteatro*. Aunque sólo fuera por este hecho, bienvenida sea esta edición.

Pero hay otros motivos que la hacen interesante. Carlos Vitale, traductor de las piezas recogidas en el libro, es también el responsable de su selección. Ha escogido veintidós piezas muy breves escritas en dos periodos concretos: salvo dos fechadas en 1942 y 1945, respectivamente, catorce fueron redactadas en 1947 y 1948. De las otras seis, una pertenece a 1956 y las restantes a 1957. Todo parece indicar que a este volumen seguirán otros que incluyan obras de etapas posteriores. Así, pues, no espere encontrar aquí el lector los textos más conocidos de Brossa, como pueda ser el ya citado *Strip-tease & Teatro irregular*; ni los que acabaron conformando el universo dramático del autor, entre los que figuran los monólogos para transformista creados en homenaje a su admirado Frégoli, el actor italiano que se hizo famoso por la rapidez con que conseguía cambiarse de ropa, lo que le permitía

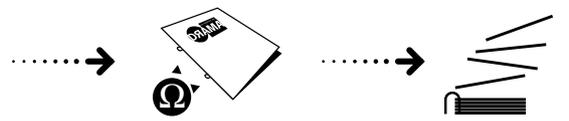
representar, él solo, piezas de varios personajes. Tampoco hallará los Ballets o Normas de Mascarada, ni las Acciones Musicales, citados por Eduard Planas en su también breve prólogo. Del periodo abarcado en el libro se echa de menos algún título tan significativo como *El gancho*, que data de 1957.

Para muchos, este libro cuidadosamente editado, será el primer contacto con el teatro de Brossa y está bien que empiece a conocerse por el principio. Las piezas incluidas en él, sobre todo las escritas hasta finales de los años cuarenta, son deudoras de las vanguardias históricas. En todas ellas están muy presentes los rasgos definitorios del dadaísmo y, sobre todo, del surrealismo. Brossa se entrega en ellas a la práctica de la escritura automática y a la creación, a partir de un lenguaje sencillo, de aire coloquial, a la creación de imágenes de difícil comprensión, pero que estimulan la imaginación del lector. La originalidad de estas propuestas dramáticas radica en la habilidad con la que el autor funde elementos vanguardistas con formas literarias tradicionales. Frases que, aisladas, son fácilmente comprensibles, puestas en boca de varios personajes dan lugar a diálogos, a primera vista, disparatados, fuera de toda lógica. Arnau Puig, el prologuista de "Teatro", los llamaba diálogos de sordos. Lo son en apariencia, pero una lectura reposada nos convence de que la estructura del teatro brossiano no es azarosa, sino fruto de una reflexión que la hace profundamente transgresora. No sin sorpresa, advertimos que cada personaje es dueño de un discurso coherente, poético y un punto amargo. Amargura a la que quizás no sean ajenos el escepticismo y descrédito existencial, a los que se refiere Eduard Planas, presentes en los años posteriores a nuestra guerra civil y a la Segunda mundial. ■



**COLECCION LAS PUERTAS DEL DRAMA**

Encuadernar sus revistas utilizando las grapas omega





## EL TEATRO TAMBIÉN SE LEE

Las semanas que separaban los finales de junio de la fecha de las vacaciones eran un período peculiar de mi infancia. A caballo entre nada y el todo, mi obligación era inventar algo y lograr que pasasen volando. La playa, la pandilla, dormirse oyendo el mar estaban a la vuelta de la esquina, pero había que llegar a ella.

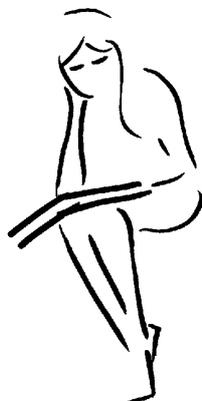
Soy lectora desde que aprendí a leer. Cuando digo lectora me refiero a sentir tanta curiosidad como amor por los libros. Un libro y una caja de bombones. Gran tarde de niña. Un libro y una cafetera. Gran tarde de adulta.

Mi estrategia para acortar esa quincena fatídica se apoyaba, sobre todo, en una desafortunada actividad lectora empedrada de otras actividades. Hacerme una bola enorme de mercurio a base de romper uno tras otro los termómetros de la casa, partir almendrucos con una piedra en el suelo de la cocina hasta que los del segundo daban con el palo de la escoba en el techo, montarme coreografías de ballet que hacían temblar los jarrones e ir con mi madre “de rebajas” perdiendo, año tras año, la negociación del ansiado “Jantsen negro de gomitas” que ella consideraba impropio de una niña.

La biblioteca de mis padres se extendía por toda la casa. La librería del “cuarto de estar” —en realidad se trataba del “cuarto de ser” de mi madre— concentraba lo mejor. Todo, menos *Sinué el egipcio*, me estaba permitido.

Aquel verano tuve una inspiración feliz: pedí sustituir a la persona que atendía la puerta durante el horario de consulta de mi padre y me fue concedido. Me hice con la libreta donde figuraban las horas y los nombres de los enfermos y me tomé a rajatabla hacer de recepcionista y lograr que no se me colase nadie. De cuatro a nueve de la tarde el *ball* de Sagasta era mío.

El problema que se me planteó fue el de la elección del libro que entretuviese los tiempos de espera. Descartada cualquier lectura infantil que menoscabase la autoridad que debía revestirme en mi puesto de trabajo, se imponía un libro en piel; y más que uno, varios libros en piel que hiciesen ver a los pacientes con quien estaban tratando. De los “aguilares” de mi padre, la colección de Teatro Completo resultaba perfecta. El tamaño octavo, el verde esmeralda de la piel, se avenían perfectamente con una recepcionista de ocho años con trenzas. Los cuatro volúmenes del Teatro Completo de Carlos Arniches pasaron a brillar sobre la mesa de la entrada. Daban la nota de color entre los muebles *remordimiento* que la guarnecían. Encaramada al sillón castellano, clavándome en la coronilla los mártires tallados que adornaban el respaldo, apoyaba el libro en la garra izquierda y descubría la fascinación de asistir a una



representación. Los sainetes caían uno tras otro. Me reía sola. Desde la puerta del pasillo oía la voz de mis hermanos mayores. Me espían por la rendija “mírala, mírala, se troncha ella sola”. Ring, ring, ring. “Buenas tardes”, ¿por favor me pueden decir su nombre y a qué hora estaban ustedes citados? “Uy que rica, tu debes ser la pequeña del doctor ¿verdad?” Despachaba las conversaciones con profesionalidad pero a todo correr para volver al *Santo de la Isidra*, al *Amigo Melquiades*, a *La piedra azul*... Cuando la puerta del despacho se abría saltaba del sillón marcando la página con la guía de lectura verde, y daba escolta hasta la puerta. “Adios, buenas tardes. Hasta pronto”. “Pero que mona eres, ya nos ha dicho tu papa que además eres bailarina. El próximo día te traeremos bombones”. “La fetén de la chipén”, pensaba yo para mis adentros enfrascándome en el libro. Fue el verano en el que más rápido se pasaron las semanas. Todas las tardes, teatro. Porque esa lectura tenía para mí voces, actores, maquillajes, focos, candilejas y concha de apuntador. Mi padre era médico de la Sociedad de Autores y yo estaba familiarizada, desde dentro, con el mundo del teatro y con sus fascinantes gentes. *El Español y la Zarzuela* no tenían secretos para mí. Los actores eran mis amigos y jugaban a tratarme de tu a tu porque mi afición al ballet me otorgaba cierto marchamo de artista. Según ellos yo “tenía tablas” y poseía “vis comica”. Descubrí aquel mes de julio que teatralizar la lectura de una obra me resultaba tan fácil como imaginar una coreografía mientras escuchaba música. Se trataba de transcribir en acción. Ese verano llegué al mar con ese nuevo secreto descubierto.

No podría precisar en que año se representaron *Los Caciques* en el María Guerrero con decorados de Antonio Mingote, pero allí estuve el día de la primera representación. La magia de una noche de estreno se vió en aquella ocasión centuplicada cuando al iniciarse la obra empecé, sin darme cuenta, a oír el eco de mis voces del *ball* interpretando el texto. Lo recordaba de memoria. Me veía encaramada en el sillón frailuno, con un vestido de *vichy* de cuadraditos rojos y blancos, soplándome el flequillo para que no me molestase al leer y mascullando mientras me defendía a patadas de mi hermano cuando su hostigamiento verbal pasaba de la rechifla por el quicio de la puerta a la rápida avanzadilla para un tirón de trenzas “¿Pues que quería usted, zarandearme la masa pilosa y que permaneciese estática?”. ■

**María Luisa López Vidriero**  
Directora de la Real Biblioteca